

Publicado en *Aires de juego*, de Lucia Solana.
Madrid: CCS, 2003.

A MODO DE PRÓLOGO

Juego y teatro son realidades estrechamente unidas. Ambas son, ante todo, manifestaciones culturales, tal como señaló Johan Huizinga, unidas por distintas características entre las que la libertad es la primera y más esencial. En su ya clásica obra, *Homo ludens* (1938), aquel profesor de la Universidad de Leyden (Holanda), destacaba el valor que el juego tiene para el niño: «El juego no es la vida “corriente” o la vida “propriadamente dicha”. Más bien consiste en escaparse de ella a una esfera temporera de actividad que posee su tendencia propia. Ya el infante sabe que hace “como si...”, que todo es “pura broma”».

Y ese carácter de hacer «como si...», de vivir o realizar una «pura broma», de escaparse de la realidad, lo encuentran nuestros infantes —sea cual sea la época y el lugar— en el teatro planteado como juego, en el juego teatral o juego dramático, valgan ambas expresiones, pues no es ahora la ocasión para acometer tales precisiones terminológicas. Bien sabido es que al niño le gusta jugar y que ese placer encuentra, debe encontrar, cauce adecuado en el teatro. Pues cada niño o niña cuando juega a hacer «como si...», o hace una broma, está representando, interpretando, un determinado comportamiento, asumiendo una realidad, ficticia o no,

para expresarlos, darles forma visible con su palabra y con su cuerpo, como recursos cargados de una naturalidad fresca, espontánea, creativa en su mejor sentido.

En una escuela, en unas aulas, donde queramos mantener esa expresividad infantil, su fina capacidad para destacar rasgos o componentes relevantes de un personaje o de una situación, y su no menos extraordinaria capacidad expresiva, aún en constante evolución y enriquecimiento, no podemos postergar esa innata capacidad para el juego, ni ignorar todo su caudal formativo. Antes bien, es una exigencia para el profesorado —de cualquier edad o nivel, pero con el responsable de los primeros cursos en línea preferente— canalizar y fomentar, nunca domesticar, coartar o condicionar en exceso, esa natural atracción infantil por la representación planteada a modo de juego.

De ahí que los educadores, o en general los adultos en contacto con la infancia, hemos de ser conscientes de que contamos como eficaz recurso con la palabra unida al ritmo, con la palabra evocadora de imágenes y sensaciones, en breves composiciones que esas primeras edades pueden hacer suyas, dominarlas a través de ese juego a caballo entre la broma y el disparate, entre el «como si...» y el «jugar a...», entre el representar y el expresar con sus recursos orales, corporales, visuales, plásticos... diversas situaciones y sensaciones.

Esta es la vía que presentan —o más bien sugieren como incitadores ejemplos de posibilidades casi inagotables— estas dramatizaciones, poemas dramáticos, propuestas de escenificaciones, juegos dramáticos, juegos teatrales... ¡Qué más da el término! Atendamos al concepto y, sobre todo, a su intención. Son propuestas

basadas en poemas marcados por la sencillez, por el sentimiento puro, por una belleza sin afeites o recursos técnicos de artificio. El niño o niña que se enfrente a tales textos poéticos no necesita nada más que entrar en ese juego de imágenes sonoras, de propuestas visuales, de sugerencias para su representación...

Del mismo modo, al profesor o profesora, al adulto que debe asumir la función de impulsor, de canalizador, de orientador de estas pequeñas representaciones, estos textos que hermanan los elementos poéticos con las primeras técnicas dramáticas tratan de animarle a que sea también creativo. Que sepa aprovechar estas sugerencias para estimular, a la vez, a sus alumnos, a esos infantes, para que enriquezcan con sus originales aportaciones expresivas las correspondientes propuestas escénicas.

Queda así abierto un sugerente camino para que, en estas primeras edades, el primer contacto con el teatro, con la representación teatral, sea una ampliación natural, no forzada, de esos juegos infantiles como manifestación de esa capacidad intrínseca del ser humano para el juego, como bien enraizado componente cultural.

Jaime García Padrino
*Catedrático de Didáctica de la Lengua y la Literatura
Universidad Complutense de Madrid*